

militares y de grupos de hombres armados. Los unos, sentados en silencio sobre las banquetas, se dormían con los fusiles entre las piernas; los otros, envueltos en sus capas, se echaban á reposar en los pavimentos de los salones; el mayor número, formando grupos en los huecos de las ventanas y en los balcones de palacio alumbrados por la luna, hablaban en voz baja de los preparativos del ataque y de los riesgos de la noche. De minuto en minuto, Mandat, comandante general, y sus ayudantes pasaban de los jardines y de los patios adonde estaba el rey, y desde aquí á los puestos. Los ministros, los generales Mr. de Boissieu, Mr. de Lachennaye, segundo jefe superior de la guardia nacional é inmediato subordinado de Mandat, D'Ermigny, jefe de la gendarmería, Carl y Guinguerlo, sus tenientes, Roederer, los miembros del parlamento de Paris, los dos oficiales municipales Leroux y Borie, y el mismo Petion, recorrían sin cesar los aposentos; sus fisonomías más ó menos sombrías ó serenas, segun las noticias que traían al rey, inspiraban la inquietud ó la desconfianza en las salas; algunas palabras dichas al pasar por estos jefes á los comandantes de los puestos, circulaban en seguida de unos á otros. Las horas eran largas como la incertidumbre y agitadas como la esperanza.

VIII

Mientras que estas tropas legales se agrupaban obedeciendo á la ley en torno del jefe constitucional del reino, otros defensores voluntarios, llamados desde el interior de sus provincias ó de sus residencias por los peligros de esta jornada, se estrechaban alrededor del rey para cubrirle con sus cuerpos. Sin otro título que su valor para entrar en palacio, en que su presencia era sospechosa á la guardia nacional, se deslizaban uno á uno sin uniforme, ocultando sus armas y bajando la cabeza como si se avergonzasen de venir á ofrecer su sangre y su vida.

Estos eran los oficiales de la guardia constitucional, recientemente licenciada por decreto de la Asamblea, pero que conservaban sus armas prontas y su juramento en el corazón; algunos realistas jóvenes de Paris, que á la edad en que la generosidad forma la opinion, y prendados de las lágrimas de la reina, de las virtudes de su hermana, de la inocencia de sus hijos y de los suplicios del trono, hallaban glorioso alistarse en el partido de los débiles; Andres Chenier, Champcernetz, Suleau y Richer-Serizy, todos los escritores realistas y constitucionales que dejaban sucesivamente la pluma por la espada y la espada por la pluma. Tambien estaban allí algunos fieles servidores de palacio, unidos á la corte de padres á hijos, para quienes el hogar del rey era su propio hogar. Ancianos llegados de Versalles, de Fontainebleau y Compiègne, á la noticia de los peligros de su dueño, acompañados algunos de sus hijos, educados con los pajes y que apenas tenían fuerza para llevar las armas, pero reconocidas todas estas familias feudales á los beneficios que habian recibido de la corona, se ofrecían todos á su amo sin reservarse ni la vejez ni la juventud, prontos á sacrificarse por el trono á quien todo lo debían. En fin, allí estaban cerca de doscientos nobles de Paris ó de las provincias; la mayor parte valientes oficiales retirados recientemente de sus regimientos, y que no habian querido hacer traicion á su clase marchando contra los emigrados hermanos suyos, ni hacérsela á su patria emigrando, salidos de sus provincias para ofrecer sus brazos al rey, representaban ellos todo lo que quedaba en Francia de aquella nobleza mili-

tar que había ido á plantar su campo, al extranjero. Puestos entre su conciencia que les prohibía combatir contra su patria, el pueblo que sospechaba de ellos, y la corte que les conminaba representándoles la fidelidad que debían á su país, estos nobles cumplían su deber sin esperanzas y sin ilusiones, persuadidos de la ingratitude de la corte si la corona triunfaba, y seguros de morir si el pueblo salía vencedor.

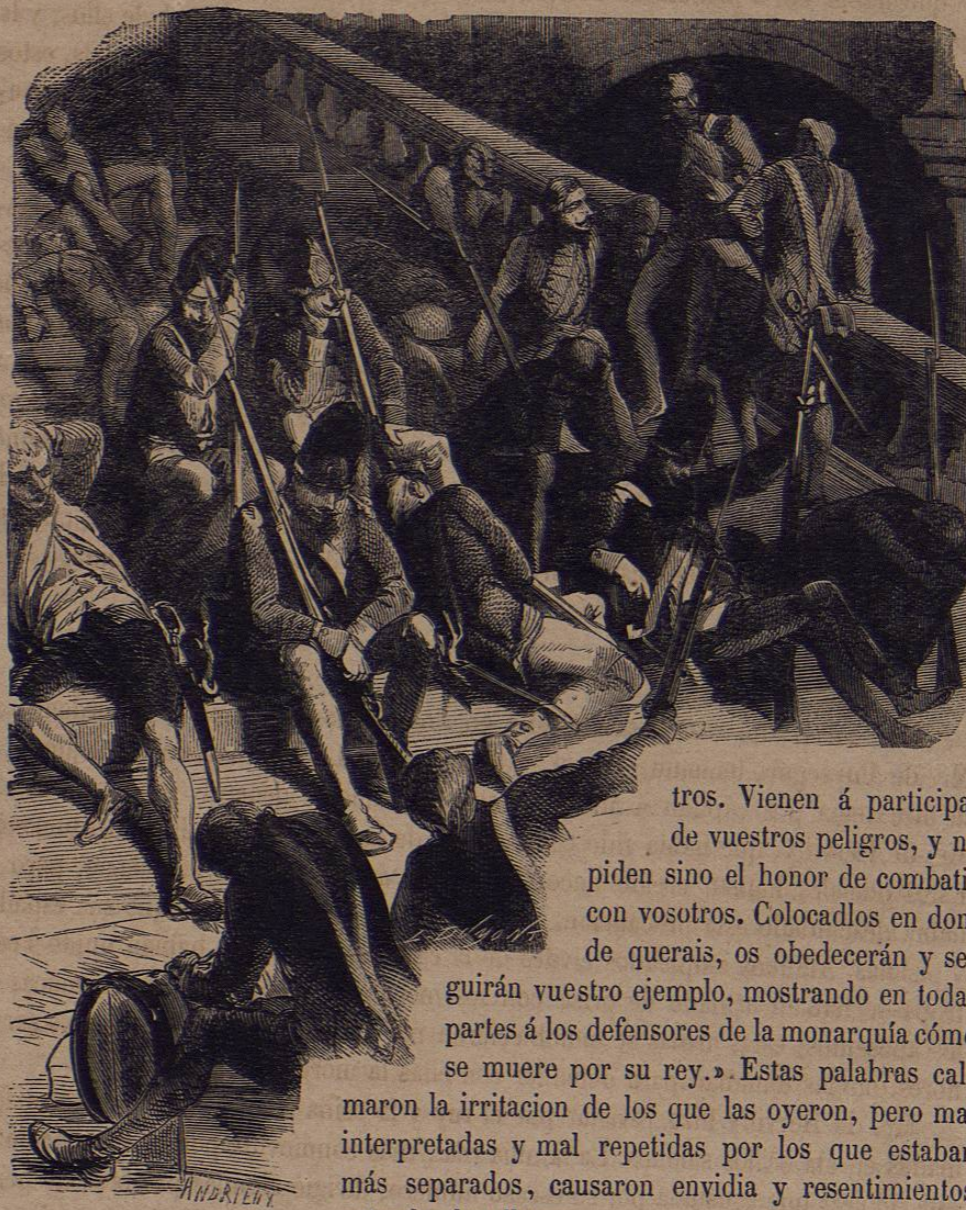
¡Adhesión austera que tenía su premio en sí misma, muerte ingrata y desconocida, único papel que la desgracia de los tiempos dejaba á esta nobleza que quería ser á la vez fiel como los caballeros y nacional como los ciudadanos! El anciano é intrépido mariscal Mailly, de edad de ochenta años, pero joven por su adhesión á su desgraciado señor, de quien era también amigo, pasó la noche armado y en pie á la cabeza de estos nobles. Los señores de Hervilly, de Pont-Labbé, de Viomenil, de Casteja, de Villers, de Lamartine, de Virieu, de Vigier, de Clermont-d'Amboise, de Bouves, de Autichamp, de Allonville, de Maillé, de Chastenay, de Damas y de Puysegur, todos militares de graduación y de diversas armas, mandaban á las órdenes del mariscal Mailly las compañías de esta tropa escogida.

IX

Este cuerpo de reserva se dividió en dos secciones, la una á las órdenes de Mr. de Puysegur, teniente general, y de Mr. Pont-Labbé, mariscal de campo, y la otra tenía por capitán á Mr. de Viomenil, teniente general, y por teniente á Mr. de Hervilly, que había sido comandante de la disuelta guardia constitucional. Estos oficiales habían creído encontrar armas á propósito en el palacio, pero se había descuidado esta precaución, y no tenía la mayor parte más que sus espadas y pistolas. Algunos empleados civiles de la casa del rey que se habían unido á esta tropa se habían armado de prisa con los morillos y tenazas de las chimeneas de los aposentos; estas armas se ennoblecieron por el valor desesperado de los servidores que las tomaban para defender con ellas la morada de su soberano.

Mr. de Hervilly hizo revistar por el rey y la reina á estas dos compañías formadas en ala en los salones. La familia real, más conmovida por la abnegación de esta nobleza que asustada por su escaso número, dirigió algunas palabras de benevolencia á estos leales oficiales. Algunos acentos enérgicos de María Antonieta, la dignidad de su aspecto y la firmeza de sus miradas, electrizaron de tal modo á este puñado de valientes, que sacaron sus espadas y cargaron espontáneamente sus armas sin otro mando que un movimiento unánime y marcial. Todos juraron espontáneamente salvar al rey ó morir. La victoria se veía en su actitud. Algunos granaderos de la guardia nacional se confundieron entre sus filas, para mostrar la confianza mutua y la unidad de adhesión que animaba á todos los amigos del rey, sin distinción de armas.

La masa de guardias nacionales repartida en los aposentos y en los patios murmuró de estas manifestaciones realistas, afectando ver una conspiración en esta fidelidad. La reina, poniéndose en la puerta de la cámara del Consejo, entre ellos y la guardia nacional, resistió con firmeza á la demanda de expulsar de allí á los últimos y más fieles amigos del rey. «Ved, señores,—dijo á la guardia nacional señalando á la columna de los realistas,—que éstos son nuestros amigos y los vuestros.



Los suizos en la escalera de las Tullerías la noche del 9 al 10 de Agosto.—Pág. 471.

«Vienen á participar de vuestros peligros, y no piden sino el honor de combatir con vosotros. Colocadlos en donde queráis, os obedecerán y seguirán vuestro ejemplo, mostrando en todas partes á los defensores de la monarquía cómo se muere por su rey.» Estas palabras calmaron la irritación de los que las oyeron, pero mal interpretadas y mal repetidas por los que estaban más separados, causaron envidia y resentimientos entre los batallones.

Uno de estos nobles, al pasar delante de un cuerpo de guardias nacionales formado en batalla en el patio Real, tuvo la imprudencia de aproximarse al oficial que lo mandaba. «Vamos, señores guardias nacionales,—le dijo,—éste es el momento de mostrar valor.» Estas expresiones hirieron la susceptibilidad de los ciudadanos. «¡Valor! Estad tranquilo,—respondió uno de los capitanes de este batallón,—no nos faltará, pero no será á vuestro lado donde nosotros lo demostraremos.» Y saliendo de la fila y del patio, fué á unirse con el pueblo, siguiéndole la mitad del batallón.

Todo presagiaba la defección, nada incitaba el entusiasmo; obraban al acaso y no se tomaba ninguna medida de salvación. El rey rezaba en lugar de obrar.

X

Más cristiano que rey, encerrado durante muchas horas con el padre Hebert, su confesor, empleó en resignarse estos momentos críticos que las catástrofes más desesperadas dejan aún á los grandes caracteres para reasir la fortuna. Cuatro ó cinco mil combatientes, teniendo por campo de batalla el palacio del rey, con tropa disciplinada, con artillería, caballería, un rey á la cabeza, una reina intrépida, unos niños inocentes en medio de ellos, una Asamblea indecisa á la puerta, la legalidad y la Constitución de su parte, y al ménos, la opinion dividida en la nacion, podian acaso rechazar las masas confusas y desordenadas que la insurreccion conducia lentamente hácia el palacio, romper las columnas del pueblo que no se aumentaban sino con los indecisos que atraian, destruir á los marseleses que eran odiados en Paris, barrer los arrabales, reunir los batallones indecisos de la fuerza cívica por el prestigio de la victoria, imponer á la Asamblea en que la mayoría dudaba aún el dia anterior, volver á tomar en un momento el ascendiente de la legalidad y de la fuerza, hacer llamar á Lafayette y á Luckner, reunirse con las tropas en Compiègne, poner al rey en el centro del ejército entre el extranjero y su pueblo, y hacer retroceder á la vez á la coalicion y á la revolucion en pocos dias; mas para esto se necesitaba un héroe: la monarquía no tenia más que una víctima.

LIBRO VEINTIUNO.

Valor y actitud de la reina.—Ayuntamiento insurreccional constituido en la casa de la ciudad.—Arresto simulado de Petion.—Asesinato de Mandat.—Santerre es nombrado en su lugar para el mando general de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maillé.—Rœderer.—Crece el número de los sitiadores.—El rey pasa revista á sus tropas.—Doble espíritu de la guardia nacional.—Danton arenga á los marseleses.—Se vuelve á su casa para esperar los acontecimientos.

I

Durante las largas horas de esta noche y las primeras del amanecer, la reina y madama Isabel pasaban alternativamente de la cámara del rey á la en que dormian sus hijos, y de allí á la sala del Consejo, en donde estaban los ministros en sesion permanente. Atravesaban las salas ocupadas por una multitud de defensores suyos, ocultando sus lágrimas é inspirando por su serenidad aparente, por su sonrisa y sus palabras la confianza que aún no habian perdido. La presencia de estas dos princesas, errantes por la noche por aquel palacio en medio de las armas, una reina y madre temblando á la vez por su marido y por sus hijos, una hermana querida temiendo por la vida de su hermano, y ambas insensibles á sus propios peligros, era la más elocuente llamada á la compasion, á la generosidad y al valor de los defensores del palacio.

María Antonieta, á quien los folletos de sus enemigos representaron en esta noche terrible como una furia coronada, que llevaba la exaltacion hasta el delirio y el abatimiento hasta las lágrimas, tan pronto declarando que se haria clavar en las paredes de su palacio, como presentando pistolas al rey aconsejándole el *suicidio*, no tuvo estos arrebatos ni estas debilidades: tan digna y tan natural, tan distante de afectar heroísmo como de manifestar abatimiento, cumplió con lo que su sexo, su rango, su calidad de esposa, de madre y de reina exigian que cumpliera en aquel momento por tantos y tan diversos títulos. Elevada al nivel de toda su ternura, de su grandeza y de sus catástrofes, su alma, su fisonomía, sus palabras y sus actos reflejaron fielmente toda la grandeza del solio en aquellas tremendas horas. Y aunque como mujer, como madre, como esposa y como reina, se vió amenazada en todos sus sentimientos, temerosa, confiada ó desesperada, se consolaba ó desconsolaba segun las circunstancias; empero esperaba sin delirio y desconfiaba sin abatimiento. Las fuerzas y la ternura de su alma fueron iguales á los golpes del destino; no lloró de debilidad, sino de amor, y se enterneció por sus hijos, ocultando sus angustias y su dolor por el respeto que se debia á sí misma, al trono, á la sangre de su madre María Teresa y al pueblo que la contemplaba.